

## Delicias del campo

(Casi... égloga)

Composición festiva premiada en los Juegos Florales celebrados en la ciudad de Lorea el día 4 del corriente mes.

Lema:

«¡Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido!»

Fr. Luis de León

y por lecho un mal jergón  
y un catre... desvencijado.

Despiertas; y, entonces mismo,  
un paseito extraordinario  
a la sierra... o el abismo,  
porque esto del alpinismo  
hoy viste mucho, ¡canario!

Por la tarde, ya al caer,  
de las horas estivales,  
(este sí que es un placer)  
a cazar... digo a correr  
una liebre en los zarzales.

Le tiras a quemarropa  
por la *proa* o por la *popa*  
(vulgo al rabo o a la faz)  
y si escapa, la galopa,  
es que erró el tiro... ¡y en paz!

Después, a la hora ordinaria,  
de la era en los retorteros,  
la merienda rutinaria:  
esa liebre... imaginaria  
con sus gurullos caseros.

Viene el gazpacho... ¡Qué ho-  
le rinden los trilladores (nores  
al clásico moja-panes,  
quita-penas de jayanes  
y encanto de los pistores!...

Por la noche... Ah! no me abu-  
yo por la noche en el campo, (rro  
pues pronto un *chiste* discurso,  
hago un corro, en él me zampo  
y cuento un cuento baturro.

Y es de ver—¡gente feliz!—  
cuanto el caso al oír se alegra  
de aquel *maño* de Alcañiz.  
que diz dudó el infeliz  
si él era el muerto o... su suegra.

Luego... a bailar sevillanas  
al compás de las vihuelas,  
con dos garridas serranas,  
o unas parrindas murcianas  
al son de las castañuelas.

Y al final, canción bizarra  
con la morisca guitarra,  
hasta que se desgañiten...  
¡Y... a tumbarse en la zamarra  
si las pulgas lo permiten!...

Nada, lector, con llaneza,  
te invito a pasar un mes  
entre apriscos y maleza,  
con chambergo a la cabeza  
y unos zuecos a los pies.

Y es esta—dirás—la ansiada  
vida agreste?... ¡Zapateta!  
Ni esto es delicia ni es nada,  
ni esto es vida descansada  
aunque lo diga el poeta.

Fernando PALANQUES

ban en el fondo de un abismo,  
moverse a sus pequeñuelos, como  
parias y cerniéndose sobre ellos,  
al buitre con el pico abierto y dis-  
puesto siempre a hundirse bus-  
cando visceras con que saciar su  
apetito inagotable.

Dice Victor Hugo que «una  
doncella que tenga miedo clava  
sus rosadas uñas en el hierro» ¡Co-  
mo serían aquellos hombres que  
siendo presas del terror, no se  
atreían más que a lamer la mano  
del tirano! No alcanzaban siquiera  
a la categoría de mujeres. Por es-  
to, en aquel país, se eternizaban  
los atropellos, los desmanes, las  
salvajadas, los secuestros y los ro-  
bos, y se imponían los estafadores,  
los cínicos, los bandoleros, los cri-  
minales y de la masa de todos estos  
se formaba un conglomerado, a  
quien el servilismo, el pánico, la  
adulación y la fuerza denominaban

Amo y Dios y la Humanidad, Dés-  
pota o Dictador. Y una vez que  
nos hallamos dentro del pueblo,  
vimos con la natural estupefac-  
ción, en medio de la noche, que  
por vías distintas marchaban dos  
entierros; el uno, lo formaba un  
pequeño grupo, tal vez una fa-  
milia, rodeando un ataúd misera-  
ble, transportado en hombros, y  
delante, una cruz modesta y el sa-  
cerdote pobremente ataviado, en  
medio de religioso silencio; y el  
otro, entre dos filas de antorchas  
rompían la marcha cruz y ciriales  
de plata; después banderas con lar-  
gos crespones; infinidad de sacer-  
dotes con capas recamadas de oro;  
el féretro lujoso, en carroza de  
ébano, arrastrada por negros ca-  
ballos empenachados y detras una  
turba interminable; acompañado  
todo, de una algarabía babilónica,  
producida por las campanas, los  
cánticos, los murmullos y los la-  
mentos.

Entre la negra niebla, flotaban  
dos figuras vaporosas, blancas co-  
mo la piel del armiño, como el  
copo de la nieve, coronando aque-  
llas procesiones funerarias; la una  
abría amorosamente los brazos y  
sonreía y la otra se cubría el divi-  
no rostro con las manos y lloraba  
amargamente.

Después, nos dijeron quienes  
eran los muertos y que aquel pue-  
blo estaba circundado por tres ma-  
res y colgando, por un hilo, de un  
continente.

José G. Banderas

## La Mutualidad y la Escuela

I

Pasaron aquellos tiempos en los  
que el radio de acción escolar tra-  
zaba un círculo tan reducido y es-  
caso que apenas abarcaba el obje-  
tivo de enseñar a leer a los niños,  
mal escribir y las cuatro reglas  
fundamentales del cálculo con li-  
gerísimas nociones de otros ramos

Para gozar del verano  
desde el comienzo hasta el fin,  
tengo un cortijo serrano  
a dos leguas del Pantano  
y una del Guadalentín.

Rodeado de moreras,  
de jarales y chumberas,  
con dos copudos cipreses:  
¡Un edén... cuando las eras  
rebotan de rubias mieses!

De un barranco hacia la orilla,  
entre el matiz de escarlata  
de tal o cual florecilla,  
brota allí una fuentejilla  
como un reguero de plata.

Allá, al fondo, un higueral,  
cabe un tupido breñal  
de apetitosas sandías:  
néctar del país ideal  
del sol... y de las sequías.

Más lejos, una pradera  
de tonos esmeraldinos,  
do crecen la enredadera  
y el naranjo y la palmera  
de los vergeles lorquinos.

Y, como alados cantores,  
de aquel paraíso de pró,  
cigarras y ruiseñores  
y abejorros zumbadores  
y de cuanto Dios crió.

Allí, lector, con llaneza,  
te invito a pasar un mes  
entre riscos y maleza,  
con chambergo a la cabeza  
y... alpargatas a los pies:

Viendo cómo, desde el cerro,  
desciende el rebaño al soto:  
por guardián, un flaco perro,  
y por esquila un cencerro  
que suena a cantaroto.

Pues ¡y la pastora?... ¡Tapa!  
Porque si la ve un Virgilio,  
de seguro que la atrapa  
y la trueca en *Cloris* guapa  
de alguna égloga o idilio...

Una fornida zagala  
que luce, en días de gala,  
su jubón y su basquiña,  
y se adorna y acicala  
con flores de la campiña.

Que usa mandil, por más señas,  
de muletón alcoyano,  
y a los pies unas madreñas  
o unas toscas espartañas  
de molde... antediluviano.

¡Y... a dormir, como un lirón,  
la siesta luego encerrado!  
¡Alcoba?... Un camaranchón,

del saber humano.

Era en aquellos tiempos la es-  
cuela primaria todo rutina, memo-  
rismo, identidad de procedimien-  
tos y métodos hasta tal extremo  
que no habría quién pudiera dife-  
renciar dos escuelas, aunque estas

fuesen la de la Corte y la de po-  
bre aldea. Ninguna relación de  
contacto con la familia unía a la  
sociedad escolar. Nada que prepa-  
ra al niño prácticamente para me-  
jor vivir entre los hombres era  
atendido, y eran, en absoluto,

deseñocidas to las esas institucio-  
nes complementarias de la labor  
educativa que hoy se van exten-  
diendo con diferentes nombres y  
que tan beneficiosas son para la  
educación infantil como para la  
sociedad misma.

La instrucción, por sí sola y  
por vasta que sea, no prepara al  
niño para ser hombre. Cualquier  
educador está persuadido de que,  
sin una educación integral, el  
educando no se haya en condicio-  
nes de entrar de lleno en las lu-  
chas de la vida y que, por consi-  
guiente, debe infundir a sus dis-  
cípulos, desde la más tierna edad,  
todas las virtudes y todos los bue-  
nos hábitos lo más prácticamente  
posible. Y como entre los buenos  
hábitos sobresalen, por su impor-  
tancia, los del trabajo, previsión y  
ahorro, sistemas de palancas ca-  
paces de remover un mundo y  
transformar la sociedad, cuerda-  
mente habremos de convenir en la  
necesidad de elegir los medios  
más conducentes para que la edu-  
cación de esos hábitos sea real-  
mente práctica.

El trabajo, fuente inagotable de  
riqueza, base de la prosperidad  
material de los pueblos, hábito  
virtuoso que dignifica al hombre,  
lo enaltece y eleva, haciéndolo  
mil veces superior a cualquiera  
otro de sus semejantes que no po-  
sea la hermosa virtud de la labo-  
riosidad, virtud diametralmente  
opuesta al denigrante vicio de la  
holganza embrutecedora y des-  
preciable, el trabajo, repetimos,  
sin la economía y la previsión,  
con ser todo eso que decimos y  
mucho más, no dejará de ser tam-  
bién un caudal malgastado, un te-  
soro ignorantemente distribuido,  
sarta de piedras preciosas arroja-  
das, por descuido, a las profundi-  
dades oceánicas.

Por eso trabajo, previsión, aho-  
rro deben ser palabras correlativas;  
ideas tan íntimamente enlazadas que  
no las podamos separar, y por  
eso, para que el trabajo sea bene-  
ficiosamente racional para el indi-  
viduo y la colectividad ha de esti-  
mularse y dirigir al niño desde su  
infancia para que adquiera hábitos  
de previsión y ahorro.

Ningún medio más práctico,  
adecuado y eficaz se puede pre-  
sentar para conseguir esos fines,  
tan laudables, como el estableci-  
miento de las Mutualidades esco-